

Debe observarse también que tenemos dos probabilidades que pueden aumentar nuestra despensa: la lluvia que nos dará agua y la pesca que podrá darnos alimento. Para este caso se disponen dos barricas vacías que reciban el agua de lluvia y en cuanto á las máquinas de pesca, varios marineros se ocupan en prepararlas á fin de echar algunos sedales desde el barco.

Tales son las disposiciones que hemos tomado y aprobado y que serán rigurosamente mantenidas. Sólo observando una regla severa podemos esperar librarnos de los horrores del hambre. Demasiados ejemplos tenemos precisamente que nos enseñan á ser previsores, y si nos vemos reducidos á las últimas privaciones, es que la suerte no se habrá cansado de perseguirnos.

---

## XXXII.

TIEMPO EN CALMA.—CALOR.—SITUACIÓN RELATIVAMENTE PREFERIBLE.—ROBERTO KURTIS ABSORTO EN SUS REFLEXIONES.—BUENA PESCA.—MONSTRUOS DE PRESENTIMIENTOS.

Del 8 al 17 de Diciembre.

Al llegar la noche nos hemos abrigado bajo las velas. Cansadísimo á consecuencia de las largas horas pasadas junto á la arboladura, he podido dormir durante algunas horas. La balsa relativamente poco cargada, se levanta sobre ellas fácilmente, y como la mar no es gruesa hemos estado á cubierto de oleaje. Por desgracia, si la mar no es gruesa, es porque el viento es menos fuerte y



al llegar la mañana me veo obligado á anotar en mi registro: tiempo en calma.

Al nacer el día nada nuevo he tenido que observar. Los Letourneur han dormido igualmente una parte de la noche: nos hemos estrechado la mano; mis Herbey también ha podido descansar; su fisonomía menos fatigada ha recobrado su calma habitual.

Estamos bajo el paralelo 11. El calor durante el día es muy fuerte y el sol brilla con vivo resplandor; la atmósfera está mezclada de una especie de vapor ardiente y como la brisa no viene sino por ráfagas la vela cuelga sobre el mástil durante las calmas que se prolongan por demasiado tiempo. Pero Roberto Kurtis y el contramaestre, por ciertos indicios que solo los marinos pueden conocer, piensan que una corriente de dos ó tres millas por hora nos arrastrará hácia el Oeste; circunstancia que sería favorable y que podría abreviar considerablemente nuestra travesía. ¡Ojalá que no

se hayan engañado, porque desde los primeros días con esta temperatura elevada la ración de agua apenas basta para calmar la sed!

Y sin embargo, desde que hemos dejado el *Chancellor*, ó mejor dicho sus gavias, para embarcarnos en esta balsa, la situación se ha mejorado considerablemente. El *Chancellor* podía hundirse á cada momento, y á lo menos esta plataforma que ahora ocupamos es relativamente sólida. Sí, lo repito, la situación se ha mejorado notablemente y todos nos encontramos mejor, comparativamente hablando. Estamos casi con comodidad, podemos ir y venir de una parte á otra; por el día nos reunimos, hablamos, discutimos, miramos al mar; por la noche dormimos al abrigo de las velas. La observación del horizonte, la vigilancia de los sedales dispuestos para la pesca, todo nos interesa.

—Señor Kazallon, me dice Andrés Letourneur, pocos días después de nuestra



instalación en este nuevo aparato, me parece que encontramos aquí de nuevo esos días de calma que han marcado nuestra residencia en la Roca del Jamón.

—En efecto, mi querido Andrés, le he respondido.

—Pero añadido que la balsa tiene una ventaja considerable sobre el Islote, y es que marcha.

—Mientras el viento es bueno, Andrés, la ventaja evidentemente es de la balsa; pero si cambia el viento....

—Bah, señor Kazallon, responde el joven, no nos dejemos abatir y tengamos confianza.

En efecto, todos la tenemos. Si; me parece que hemos salido de las terribles pruebas pasadas para no volver á sufrir otras semejantes. Las circunstancias son ya mucho más favorables y no hay uno de nosotros que no se sienta tranquilizado.

No sé lo que pasa en el alma de Roberto Kurtis, ni puedo decir si participa

de nuestra opinión actual. Con frecuencia se mantiene retirado porque su responsabilidad es grande. Es el jefe, y no solamente tiene que salvar su vida, sino también las nuestras. Yo sé que así comprende su deber y no extraño, por lo mismo, que esté con frecuencia absorto en sus reflexiones, de las cuales ninguno de nosotros quiere distraerle.

Durante estas largas horas, la mayor parte de los marineros duermen á proa de la balsa. Por orden del capitán la popa se ha reservado para los pasajeros, y se ha podido establecer sobre montantes una tienda, que nos proporciona un poco de sombra. En suma, nos hallamos en un estado de salud satisfactorio á excepción del teniente Walter, que no consigue recobrar sus fuerzas. Los cuidados que le prodigamos no producen resultado alguno, y el pobre joven se debilita cada día más.

Nunca he podido apreciar mejor á An-



drés Letourneur que en las circunstancias actuales. Este amable joven es el alma de nuestra pequeña sociedad. Tiene un ingenio original y los nuevos puntos de vista y las consideraciones inesperadas abundan en su manera de mirar las cosas. Su conversación nos distrae y nos instruye frecuentemente; mientras habla, su fisonomía, un poco enfermiza, se anima; su padre parece beber sus palabras, y algunas veces tomándole la mano, la conserva entre las suyas por espacio de horas enteras.

Miss Herbey toma parte algunas veces en nuestra conversación, aunque mostrándose siempre muy reservada. Todos nosotros nos esforzamos en hacerle olvidar con nuestros cuidados que ha perdido á los que debían ser sus protectores naturales. Esta jóven ha encontrado en Mr. Letourneur un amigo seguro como lo sería un padre y le habla con el abandono á que la edad de Mr. Letourneur le dá derecho. Instada por él, le ha con-

tado su vida, vida de valor y sacrificio, como el de todas las huérfanas pobres. Desde la edad de dos años estaba en casa de Mr. Kear, y ahora se ha quedado sin recursos para el presente, sin hacienda para el porvenir, pero confiada porque está dispuesta á sufrir todas las pruebas. Por su carácter y su energía moral impone respeto y hasta ahora no ha tenido que avergonzarse de una sola palabra ni de un solo gesto que hubiera podido escaparse á los hombres groseros de la tripulación.

Los días 12, 13 y 14 de Diciembre no han producido ningun cambio en la situación. El viento ha continuado soplando del Este por brisas desiguales; no ha habido incidente alguno ni maniobras de ninguna especie que ejecutar en la balsa. La caña del timón, ó mejor dicho la espadilla, no necesita ser modificada. El aparato corre viento en popa y no se inclina ni á un bordo ni á otro. Algunos marineros de cuarto, siempre apostados



á proa, tienen orden de vigilar el mar con la más escrupulosa atención.

Siete dias han trascurrido desde que hemos dejado el *Chancellor*. y observo que nos acostumbramos á la módica ración que se nos ha impuesto, á lo menos en lo que concierne al alimento. Es verdad que nuestras fuerzas no se gastan con la fatiga física. No nos gastamos, espresión vulgar que espresa bien mi pensamiento, y en tales condiciones el hombre necesita poco para mantenerse. Nuestra mayor privación es la del agua, porque en estos grandes calores la cantidad que se nos concede es notoriamente insuficiente.

El 15, una bandada de peces de la especie de los esparos, ha venido á hormigear alrededor de la balsa. Aun cuando nuestras máquinas de pesca no se componen sino de largas cuerdas armadas de un clavo encorvado con pedacitos de carne seca, que sirven de cebo, cogemos un gran número de estos esparos, que son muy voraces.

Hacemos verdaderamente una pesca milagrosa y este día es de fiesta á bordo. De los pescados, los unos se asan, los otros se cuecen en agua de mar, en fuego encendido con leña á la proa de la balsa. ¡Qué regalo! Es una economía que hacemos de víveres: los esparos son tan abundantes que durante dos dias tomamos cerca de doscientas libras. Si llueve pronto, todo irá cada vez mejor.

Por desgracia esta bandada de peces no se ha mantenido largo tiempo en nuestras aguas. El 17, varios tiburones de gran tamaño, pertenecientes á esa monstruosa especie de los atigrados, cuya longitud es de cuatro ó cinco metros, se han presentado en la superficie del mar. Tienen las aletas y la espalda negras, con manchas y rayas transversales de color blanco. La presencia de estos horribles escurlos es siempre alarmante; por consecuencia de la poca elevación de la balsa estamos casi al nivel de ellos y muchas veces su cola bate nuestra ber-



linga con espantosa violencia. Sin embargo, han logrado alejarles á golpes de espeques. No extrañaré que nos sigan obstinadamente, como una presa que les está reservada. No me gustan esos *mónstruos de presentimientos.*

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO NEYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### XΛXIII.

MAR GRUESA.—SE ATAN LOS BARRILES DE PROVISIONES.—CONCILIABULOS ENTRE LOS MARINEROS.—LA MALA SALUD DEL TENIENTE WALTER.—¿PARA QUIEN SE GUARDA EL AGUARDIENTE?

Del 18 al 20 de Diciembre.

Hoy el tiempo se ha modificado y ha refrescado el viento. No nos quejamos porque es favorable, solamente tomamos la precaución de sujetar el mástil à fin de que la tención de la vela no pueda producir su rotura. Hecho esto, la pesada máquina marcha con una celeridad un poco mayor, y deja, en fin, una larga estela detrás de ella.

Al medio día se cubre el cielo de algunas nubes y el calor es menos fuerte.



La gruesa mar ha balanceado más vivamente la balsa, y algunas olas han entrado en ella. Por fortuna con algunos tablones de forro el carpintero ha podido establecer parapetos de dos piés de altura, que nos defienden mejor contra el mar.

Se atan también fuertemente dos dobles cuerdas, los barriles que contienen las provisiones y las barricas de agua, porque un golpe de mar que se les llevara nos reduciría á las más horribles privaciones. No podemos pensar en semejante eventualidad sin estremecernos.

El 18 los marineros han recogido algunas de esas plantas marinas conocidas con el nombre de sargazos, semejantes á las que hemos encontrado entre las Bermudas y la Roca del Jamón. Son laminas, sacarinas, que contienen un principio azucarado; digo á mis compañeros que pueden mascar los tallos; lo hacen, en efecto, y esta masticación les refresca mucho la garganta y los labios.

Durante el día nada ocurre de nuevo. Observo solamente que algunos marineros, principalmente Owen, Burke, Flaypol, Wilson y el negro Jynxtrop, tienen entre sí frecuentes conciliábulos, cuyo motivo no puedo adivinar. Observo también que guardan silencio cuando uno de los oficiales ó pasajeros se acerca á ellos. Roberto Kurtis ha hecho antes que yo la misma observación. Estas conversaciones secretas no le agradan, y se promete vigilar atentamente á estos hombres. El negro Jynxtrop y el marinero Owen son, sin duda, dos tunantes de quienes hay que desconfiar, porque pueden arrastrar á la rebelión á sus compañeros.

El 19 el calor ha sido excesivo. No hay una nube en el cielo, la brisa no puede hinchar la vela, y la balsa queda sin movimiento. Algunos marineros se han bañado en el mar, y el baño les ha proporcionado un alivio verdadero, disminuyendo su sed en esta proporción; pero



hay gran peligro en aventurarse en estas olas infestadas de tiburones, y ninguno de nosotros ha seguido el ejemplo de estos temerarios. ¿Quién sabe, sin embargo, si mas adelante querremos todos imitarles? Al ver la balsa inmóvil, las grandes ondulaciones del océano sin una arruga, la vela inerte colgando del mástil, ¿no es de temer que se prolongue esta situación?

La salud del teniente Walter nos inspira los mayores cuidados; este jóven tiene una fiebre lenta que le acomete con accesos irregulares; quizá el sulfato de quinina triunfaría de ella, pero lo repito, la invasión de la taldilla fué tan rápida, que la caja de medicamentos que llevábamos á bordo desapareció con todo lo demás entre las olas. Por otra parte este pobre muchacho está verdaderamente tísico, y de algún tiempo á esta parte la incurable enfermedad ha hecho en él terribles progresos. Los síntomas exteriores no pueden engañarnos; tiene una to-

secilla seca; su respiración es corta; suda abundantemente, y sobre todo por las mañanas; se debilita, su nariz se afila, sus pomulos salientes se distinguen por su coloración en medio de la palidez general del rostro; se hunden sus mejillas; se contraen sus labios y sus conjuntivas se ponen relucientes y ligeramente azuladas. Pero aunque estuviese en mejores condiciones el pobre teniente, la medicina sería impotente contra un mal que no perdona nunca.

El 20 igual estado de la temperatura é igual inmovilidad de la balsa. Los rayos ardientes del sol atraviesan la tela de nuestra tienda y abrumados por el calor permanecemos en la mayor ansiedad. ¡Con qué impaciencia esperamos el momento de que el contra maestre haga la corta distribución de agua! ¡Con qué avidez nos precipitamos sobre esas gotas del líquido caliente! El que no ha sufrido sed no puede comprenderme.

El teniente Walter tiene muchísima y



sufre mas que uinguno de nosotros por la privación de agua. He visto á miss Herbey que le reserva casi toda la ración que á ella le toca; esta joven caritativa y misericordiosa hace todo lo que puede, si no para evitar, á lo menos para moderar los padecimientos de nuestro desgraciado compañero.

Hoy miss Herbey me dice:

—Este desgraciado se debilita cada día más, señor Kazallón.

—Sí, señorita, he respondido, y no podemos hacer nada por él, nada!

—Cuidado, dice miss Herbey, podría oirnos.

Después va à sentarse al extremo de la balsa, y apoyando la cabeza en las manos queda pensativa.

Hoy ha ocurrido un hecho sensible que debo consignar.

Durante una hora los marineros Owen Flaypol, Burke y el negro Jynstrop han tenido una conversación muy animada. Discuten en voz baja, y sus gritos indi-

car una grande excitación. A consecuencia de esta conversación Owen se levanta y se dirige deliberadamente á popa y al sitio reservado á los pasajeros.

—¿A donde vas, Owen? le pregunta el contramaestre.

—A donde tengo que hacer, responde insolentemente el marinero.

Al oír esta respuesta grosera, el contramaestre deja su sitio, pero antes que él, Roberto Kurtis se encuentra cara á cara con Owen.

El marinero sostiene la mirada de su capitán, y en tono descarado le dice:

—Capitán, tengo que hablar á usted de parte de los compañeros.

—Habla, responde Roberto Kurtis.

—Es tocante al aguardiente, dice Owen; ya sabe usted, ese barrillito...¿Le guarda usted para los oficiales, ó para las ratas tan solo?

—¿Qué más? pregunta Roberto Kurtis.

—Pedimos que cada mañana se nos de, como de costumbre, nuestra ración.



—No, responde el capitán.

—¿Qué dice usted? pregunta Owen.

—Digo que no.

El marinero mira fijamente á Roberto Kustis, dibujándose en sus labios una maligna sonrisa. Vacila un instante, como preguntándose á sí mismo si debe insistir, pero se contiene y sin añadir una palabra vuelve á donde están sus compañeros, que hablan en voz baja.

¿Roberto Kurtis ha hecho bien en negar la petición de una manera tan absoluta? El porvsnir nos lo dirá. Cuando le hablo de este incidente me responde:

—¡Aguardiente á esos hombres! Preferiría arrojar el barril al mar.

## XXXIV.

PRELUDIOS DE TEMPESTAD.—LA REGIÓN DE  
LOS TORMENTOS.—¡LA RAFAGA!

21 de Diciembre.

Este incidente no ha tenido ninguna consecuencia á lo menos hoy.

Durante algunas horas se muestran de nuevo esparos á lo largo de la balsa y todavía se puede coger un gran número. Se les mete en una barrica vacía y este aumento de provisiones nos da la esperanza de que á lo menos no tendremos hambre.

Llega la noche sin traernos su frescura acostumbrada. Ordinariamente las noches son frescas bajo los trópicos, pero es



ta amenaza ser sofocante. Masas de vapor ruedan pesadamente por cima de las olas; la luna será nueva a la una y treinta minutos de la mañana; y así la oscuridad es profunda hasta el momento en que relámpagos de calor de un resplandor intenso vienen á iluminar el horizonte. Son descargas eléctricas inmensas sin formas determinadas, que abrazan un vasto espacio. Pero no hay truenos y aun puede decirse que la calma de la atmósfera es espantosa por lo absoluta.

Durante dos horas tratando de buscar alguna bocanada de aire menos ardiente miss Herbey, Andrés Letourneur y yo, contemplamos estos preliminares de la tempestad que son como un primer ensayo de la naturaleza y olvidamos la situación presente para admirar el sublime espectáculo de un combate de nubes eléctricas. Parecen ciudadelas almenadas cuya cresta se corona de fuegos. Las almas más feroces son sensibles á esas grandes escenas y veo á los marineros

mirar atentamente la incesante deflagración de las nubes. Sin duda observan con mirada inquieta esos *fusilazos*, así llamados vulgarmente, porque no se fijan en ningún punto del espacio y anuncian una lucha próxima de los elementos. En efecto, ¿qué será de la balsa entre los furoros del cielo y del mar?

Hasta las doce de la noche permanecemos sentados á popa. Los efluvios luminosos cuya blancura se vé aumentada por la oscuridad de la noche esparcen sobre nosotros un color lívido semejante al color espectral que toman los objetos cuando se les ilumina con la llama del alcohol impregnada de sal.

—¿Tiene usted miedo de la tempestad, miss Herbey? pregunta Andrés Letourneur á la joven.

—No señor, responde miss Herbey; el sentimiento que experimento es más bien de respeto que de temor. ¿No es uno de los fenómenos más hermosos que pueden admirarse?



—Nada más cierto, miss Herbay, responde Andrés Letourneur; sobre todo cuando retumba el trueno. El oído no puede oír un ruido más magestuoso. ¿Qué son á su lado las detonaciones de la artillería secas y sin los redobles de la tempestad? El trueno llena el alma, y es más bien un sonido que un ruido; un sonido que se hincha y decrece como la nota sostenida de un cantor. En fin, miss Herbey, jamás me ha conmovido la voz de un artista como me conmueve la grande é incomparable voz de la naturaleza.

—Voz de bajo profundo, dije yo riéndome.

—En efecto, responde Andrés; y ojalá la oigamos pronto porque esos relámpagos sin ruido son monótonos.

—¿En qué está usted pensando mi querido Andrés? he dicho. Sufra usted la tempestad si viene pero no la desee.

—¡Bah! la tempestad no es mas que viento.

—Y agua sin duda, añade miss Herbey, tal vez el agua que nos falta.

Había mucho que responder á estos dos jóvenes, pero no quiero mezclar mi triste prosa con su poesía. Contemplan la tempestad bajo un punto de vista especial y durante una hora les oigo poetizar y llamarla con el deseo.

Entre tanto el firmamento se ha ido ocultando poco á poco detrás de un velo espeso de nubes. Los astros se apagan uno á uno en el zenit poco tiempo después de haber desaparecido las constelaciones zodiacales bajo las brumas del horizonte. Vapores negros y espesos circulan sobre nuestras cabezas y cubren las últimas estrellas del cielo. Esta masa de vapores arroja á cada instante grandes resplandores blanquizcos sobre los cuales se destacan pequeñas nubes grises.

Todo este receptáculo de electricidad establecido en las altas regiones de la at-



mósfera se ha vaciado sin ruido hasta ahora.

Pero siendo el aire muy seco y por lo mismo mal conductor, el fluido no podrá escaparse sino por medio de choques terribles, y me parece imposible que no estalle pronto la tempestad con grandísima violencia.

Este es también el parecer de Roberto Kurtis y del contramaestre. Este no tiene más guía que su instinto de marino que es infalible, en cuanto al capitán reúne á su instinto de conocedor del tiempo la ilustración de un hombre científico. Me muestra por cima de nosotros una espesura de nubes que los meteorólogos llaman *cloud-ring* [1] y que se forma casi únicamente en las regiones de la zona Tórrida saturadas de todo el vapor de agua que los aliseos llevan de los demás puntos del Océano.

—Sí, señor Kazallon, me dice Roberto Kurtis, estamos en la región de las

[1] Anillo de nubes.

tempestades porque el viento ha empujado nuestra balsa hasta esta zona donde un observador dotado de órganos muy finos oirá continuamente retumbar el trueno. Esta observación ya ha sido hecha desde largo tiempo y la creo justa.

—Me parece, respondo prestando el oído, que oigo los truenos de que usted habla.

—En efecto, dice Roberto Kurtis, son los primeros síntomas de la tempestad que antes de dos horas se habrá desencadenado en toda su violencia. Pues bien, estaremos dispuestos á recibirla.

Ninguno de nosotros piensa en dormir ni podría hacerlo porque el aire es pesado y abrumador. Los relámpagos se ensanchan y se desarrollan por el horizonte en una extensión de ciento diez á ciento cincuenta grados y abrazan sucesivamente toda la periferia del cielo, mientras que una especie de claridad fosforescente se desprende de la atmósfera.



En fin, los truenos se acentúan y se hacen más penetrantes; pero si puedo expresarme así, son todavía ruidos redondos, sin ángulos de explosión, gruñidos que no tienen eco aún, como si la bóveda celeste estuviera sembrada de esas nubes cuya elasticidad ahoga la sonoridad de las descargas eléctricas.

El mar hasta ahora permanece tranquilo, pesado y hasta estancado. Sin embargo, a juzgar por las anchas ondulaciones que principian á levantar su superficie, los marinos temen un gran movimiento. Para ellos el mar *se va engruesando* y es indudable que á lo lejos ha estallado alguna tormenta cuyo choque se siente alrededor de la balsa. No está lejos el terrible viento, y un buque cualquiera se pondría á la capa por medida de prudencia; pero la balsa no puede maniobrar y se verá reducida á huir delante del viento.

A la una de la mañana un vivo relámpago seguido de una descarga después

de algunos segundos de intervalo, indica que la tempestad está casi encima de nosotros. El horizonte desaparece en una bruma húmeda y parece que cae á fondo sobre la balsa. Inmediatamente se oye la voz de uno de los marineros exclamando:

—¡La ráfaga, la ráfaga!